



algo raro pasó

Anuket Asia

algo raro pasó



Primera edición: diciembre de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Anuket Asia

ISBN: 978-84-10082-50-2

ISBN digital: 978-84-10082-51-9

Depósito legal: M-35549-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mamá

«En mis sueños febriles recuerdo todo
aquello que quiero olvidar».

DONNA TARTI

El Jilguero

LIBRO PRIMERO

«Ningún árbol alcanza el cielo
sin que sus raíces toquen el infierno»

CARL JUNG

1

Nos hemos atrincherado en nuestra tienda de campaña. Es la primera vez que siento esa mirada de rabia en Juan y no lo entiendo. Estoy bloqueada y Maca está muy enfadada. No deja de gritar que por qué nos están atacando si nos han invitado ellos a esas vacaciones. Pero, claro, no ha sido directamente Juan, mi novio, sino su hermano, Enrique, que lleva semanas animándome para ir con ellos a conocer la montaña, el pantano y las fiestas de una zona que queda a unos cuarenta kilómetros de nuestra ciudad. Además, son las fiestas del pueblo, a las que suele asistir mucha gente de fuera. Supongo que lo hizo con su mejor intención. Él sabe que llevo varias semanas en tensión. Mi padre ha muerto hace unos meses y todo es ahora bastante complicado en mi vida. Eva y Cata se estaban riendo hace unos minutos, pensando que todo era una broma, pero ahora están escondidas con nosotras.

2

Ese año no me ha ido demasiado bien en el instituto. Las asignaturas de Inglés y Matemáticas se me han resistido. No he estado muy concentrada en clase y tengo problemas con la comida que en esos meses se han hecho más evidentes. Ya los tenía antes de morir papá. Un día estaba viendo la televisión. Por aquella época, salían muchos desfiles de Kate Moss, Claudia Schiffer, Naomi Campbell o Cindy Crawford. Recuerdo que hasta tenía algún vídeo de esos que se pusieron tan de moda en los noventa. También echaban series como los *Vigilantes de la playa*. Pero un día en concreto todo cambió. Me fui a un espejo entero y me desnudé. Yo era una cría, era imposible tener el cuerpo de esas mujeres, pero me obsesioné. Empecé a hacer mucho deporte. No solo en clase de Gimnasia, sino por las tardes, entre semana, mientras veía *Embrujadas*. Teníamos una bicicleta estática en casa y me tiraba una hora entera pedaleando como si me fuera la vida en ello. Luego me tumbaba en una de las pequeñas alfombras que había a cada lado de la cama de mis padres. Era una alfombra beis, alargada, como una esterilla. Apuntalaba mis pies en el armario y como una loca hacía abdominales hasta que no podía más. Poco después me dio por desayunar solo manzanas, a veces medio sándwich cuando las clases eran muy intensas, pero poco más. Un día mi padre me dio la idea de envolverme en plástico, para sudar más —no era consciente de mi problema, que solo acababa de empezar, claro—, y yo lo hice. ¡Cómo disfrutaba! Perdí cinco kilos en unos meses. No es que me sobrara mucho, la verdad. Cuando murió, me deshice en

una semana de otros cinco. Así, como por arte de magia, como si él se hubiera llevado una parte de mí. Un pequeño recuerdo. En clase, un compañero se dio cuenta. Intentó hablar conmigo, pero con poco éxito. También Juan me puso un día frente al espejo para decirme que si no bastaba ya. Pero, no, no bastó. Además, en casa teníamos problemas de dinero. Mi hermano estaba mal, en su mundo, con sus problemas, y mi madre hacía lo que podía, pero estábamos todos muy perdidos.

3

No me cuesta demasiado convencer a mi mejor amiga para pasar unos días en la montaña. A ella le gusta el hermano de Juan. Durante el invierno, hemos coincidido alguna vez con él y, aunque apenas han hablado, se nota la química a distancia. Durante ese tiempo, Juan y yo hemos tenido varias crisis en nuestra relación.

Para empezar, me dejó sola cuando papá estuvo ingresado. No fue capaz de quedarse ni una sola noche para hacerme compañía, sabiendo, porque lo habíamos hablado, que yo era incapaz de dormir por el miedo y la angustia que me atenazaban esos días. Me sentía sola y traicionada, porque, aunque estaba con mi hermano, la compañía de Juan hubiera sido bien recibida. No sé por qué se comportó de una forma tan vil y cobarde. Tan egoísta. Pensar que él se iba a su casa, con su familia, con sus padres y sus hermanos, a dormir tranquilo en su cama. Me revolvía las entrañas. Tuve mucha suerte de que estuviese mi hermano y de que a las doce de la noche siempre pudiese contar con una de mis amigas, Cata, para hablar. Esos días iban a cambiar muchas cosas dentro de mí.

Pero, cuando todo pasó, estaba tan perdida y desorientada que no pensé, ni por un segundo, en cortar la relación. Primero no vi el momento. Los días posteriores a su muerte fueron demasiado confusos. Después ya no tuve valor, o ganas, y continué con el piloto automático. Si me estaba rompiendo por dentro, no lo sabía ni yo misma. Además, todo era más complicado de lo que parece. Los padres de Juan se habían portado fenomenal conmigo todo el tiempo. Conocían a mi padre y siempre nos han tenido mucho cariño. Es

mirar a su madre a los ojos y ya no puedo decirle que no quiero estar con su hijo, que hace mucho que se terminaron las noches mágicas de verano, que ya no hay pasión, que los hilos que nos sostienen están tan tensos que se van a romper en cualquier momento. No, no puedo. Y veo a mi madre, triste, pero intentando que no se la note, y tampoco logro que salga nada de mi garganta. Así que me lo he guardado dentro y he decidido intentar que las cosas mejoren. Me he propuesto poner de mi parte, porque, aunque ya no me siento enamorada, sé que lo quiero. No puedo dejar de querer a alguien de la noche a la mañana. Nadie puede. O igual sí, probablemente haya personas más valientes que yo por ahí fuera.

La cuestión es que me he enterado hace poco por una compañera de clase que antes salía con Juan que lo ha visto tonteando peligrosamente con una amiga suya. Sé con quién. Es muy guapa y no le importa que el chico a por el que va tenga novia o no. Simplemente le gusta entrar en acción, enrollarse y dejarlo. Mi compañera dice que incluso los ha visto subir a su casa —a por un vaso de agua, escuchó. «Sí, claro», pienso—. Esta noticia me ha consumido, me ha desestabilizado, porque soy una chica confiada. Igual soy muy inocente. Es mi primer novio; soy guapa, lista, aunque no saco las mejores notas, pero no soy capaz de imaginar que me van a engañar. Es mi primera vez con este tema. Estoy destrozada. Cuando se lo comento a Juan, me dice que es solo una amiga, que no me preocupe, pero yo lo hago, por supuesto. Me duele que haya sembrado la duda y sé que siempre estará presente en todo. Pero sigo con él. Soy y me siento patética.

De repente hago cosas que antes no hacía porque ni se me pasaban por la cabeza. Lo llamo una mañana de fin de semana, sobre las once. Lo coge su madre, que me dice que está en la cama, que anoche volvió tarde. Lo dice con voz triste porque se da cuenta de que yo no sabía eso. Para mi sorpresa vuelvo a llamar pasada media hora y ahora lo coge Enrique. Sigue durmiendo. Para que no vuelva a llamar me dice que le da el mensaje. Me estoy volviendo loca. Nunca he hecho eso. Llamar como una novia celosa. Él no

aparece hasta por la tarde. No se molesta ni en coger el teléfono para hablar.

Ahora lloro mucho, casi a diario. Miro, de forma obsesiva, por la ventana, porque él vive enfrente de mi casa y lo veo todo. Algunas veces tomo un trago de Martini que mamá guarda en un armario para calmarme. Me quedo dormida en el sofá más de un día. Mi hermano me encuentra a veces llorando, desesperada, y siempre me pregunta qué me pasa, a lo que yo siempre respondo lo mismo: que nada. Mamá no se da cuenta porque entre semana trabaja y yo intento que no se me note mi estado de ánimo.

Un día, por fin soy capaz de reaccionar y decido cortar la relación. Falta poco para final de curso, para el verano. Quedo con Juan. «Tenemos que cortar». No se lo espera. Lloro. Suplica. Se disculpa. Pero no le sirve de nada, la decisión está tomada. Se marcha a casa, supongo que se lo cuenta a sus amigos, pero no a sus padres. Yo me voy a mi casa. No se lo digo a nadie, solo a mis amigas y pasado un buen rato. No se lo creen, pero se alegran. No era una relación sana.

No sé cómo sentirme. Llevaba dos años atada a alguien y ahora soy libre. Ya no lloro. Voy a disfrutar de las últimas semanas de clase. Siempre voy con Cata, que es la única de mis amigas que viene al mismo instituto que yo. A ella la conocí también hace dos años. Estaba sola. No tenía amigas y vestía fatal. Un día se me ocurrió acercarme y nos pusimos a hablar. Me cayó bien desde el principio. La invité a salir con mis amigas algún día. Ella accedió. La aceptaron desde el primer momento. Un día decidimos llevarla de compras. Cata tenía un cuerpazo y no lo estaba aprovechando. Cuando salimos de la tienda, parecía otra persona. De pronto se sentía más segura y me reía con ella porque le decía que ahora me hacía competencia. La verdad es que lo pasábamos muy bien. Íbamos al cine y en general éramos muy sanas. El verano del *camping* estábamos obsesionadas por una nueva serie, *Dawson Creek*, y nos pasábamos horas comentando los capítulos.

Pasan los días y una mañana me está esperando el mejor amigo de Juan en la entrada del instituto. Quiere hablar conmigo. Accedo, porque me lo pide con educación. Dice que Juan no deja de llorar y que quiere volver, que por favor le dé una oportunidad.

Después de muchas luchas internas le digo a Juan que hablamos luego, en mi portal. Llega, con la cabeza gacha, como un perro que sabe que ha hecho algo mal e intenta dar pena. Y lo logra. Me dice que no va a volver a portarse mal. Que ha cometido errores —no dice cuáles—, pero que solo quiere estar conmigo. Y no sé por qué, me lo creo. Y como me lo creo no me parece descabellada la idea que me propone Enrique para ese verano. Juan y yo hemos vuelto.